El tren de la infelicidad

Francisco Ballesteros

El tren de la infelicidad

Francisco Ballesteros

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
©Francisco Ballesteros, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-50-9
IBIC: FP
DEPOSITO LEGAL: M-13704-2024

Agradecimientos

A la niña del lago de fuego. A María de San Juan Hernández Ramírez y a Mar, por su apoyo incondicional. A Triana García Varaz, por propiciar los espacios, los instantes. A Toña, por estar presente de mil maneras. A Claudio Morales y Gabriela Santillán, por la confianza, a veces, ciega. A Sergio Santiago, por las invaluables enseñanzas silenciosas. A Manuel Amador, por ser voz y decreto sin saberlo.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de su historia, la humanidad ha hecho un sinnúmero de intentos por definir el amor. Sin embargo, a la fecha, sigue siendo imposible encerrarlo en un concepto, quizá porque su esencia se transforma —nos transforma— con el paso del tiempo y los cambios de pensamiento entre las generaciones.

A pesar de que las ciencias sociales contemplan diversos tipos de amor —de pareja, filial, platónico, entre otros—, dada la constante concepción estética y romántica de nuestra especie, el que más ocupa el pensamiento y el quehacer analítico de filósofos, artistas e intelectuales es el que entrelaza los afectos de dos personas con la finalidad de acompañarse en el camino a la muerte, procrear o, sencillamente, defenderse mutuamente de la soledad.

Es complicado precisar tal misterio en una obra basada en personajes ficticios —no por ello falsos— cuando, en toda su trayectoria, el ser humano no ha

logrado sintetizar un criterio universal al respecto. No obstante, es posible visualizarlo a través de una metáfora, misma que puede ayudarnos a entender la complejidad del amor —el de pareja—, así como su movimiento y los papeles que desempeñan los personajes —ficticios o reales— en él. Del mismo modo, puede mostrarnos las dificultades y factores que lo vuelven imposible, al menos como lo soñamos la mayoría de los seres humanos.

Abramos, pues, nuestras mentes al sendero de la metáfora. Pensemos en el amor como un tren de pasajeros en el que viajan todas las personas del mundo, sin importar su edad, raza, sexo o condición económica. En sus vagones cada individuo juega un rol, dependiendo de su situación amorosa: puede ser un simple viajero viviendo la experiencia del recorrido, inocente, despreocupado, gozoso, o bien puede haber sido abandonado y recorrer el camino dolido y sin esperanza. Un día es posible ocupar un asiento en el área de primera clase, con lujos y divertimentos, para trasladarse horas después a los cuchitriles de cuarta, sufriendo la sucia humedad infestada de plagas.

Asimismo, hay quien se desempeña como maquinista, cuando sus circunstancias son triunfales y la gloria llena su corazón. Hay quienes trabajan como personal de limpieza, de cocina o recolectores de boletos, siempre acorde a la etapa de su aventura amatoria.

Los del corazón roto pueden alojarse en las habitaciones con minibar o ver por la ventana los paisajes

convirtiéndose en líneas multicolor, al igual que sus extintas ilusiones.

También hay quienes esperan en los andenes, mirando a los demás ir y venir, abordar, salir disparados cargando maletas, acomodándose los abrigos, llorando o sonriendo para ocultar los sollozos. A veces, estos usuarios pasivos son los más confortados, porque se mantienen al margen de la fricción de los rieles, lejos de la incertidumbre, distanciados de los vapores del sexo, a salvo del riesgo de ser tocados en lo más hondo de sus universos emocionales. Hay quien, herido profundamente, decide no volver a subir al tren por el resto de su vida. Sin embargo, la mayoría de quienes deciden descansar en el andén vuelven, queriendo o no, a adquirir un boleto para ocupar un lugar en la fabulosa máquina, ya sea porque algún perfume altera sus sentidos o porque extrañan el vértigo que provocan los químicos exaltados por el enamoramiento.

Todos los hombres, todas las mujeres, vagos, acaudalados, clérigos, tienen un sitio en el tren. Incluso los niños viajan en los cuartitos de juegos. Sólo los ciegos, los invidentes del corazón, rechazan el boleto, pero abajo, en la escalinata de la estación, escuchan silbar al monstruo iniciando la carrera, y es entonces cuando los vence la melancolía. Pronto, quizá en el próximo arribo, los veremos formados para comprar su entrada.

A todos los vivos se nos da la oportunidad de decidir: podemos subir al gran ferrocarril o pasar la vida observado los romances de otros desde la banca del

andén. El problema es que, mereciéndolo o no, tenemos siempre un pie dentro del vagón de bienvenida; el otro zapato cruza el umbral cuando una fragancia, una mirada o una palabra mueve el cordón que ata la mente con el corazón. Para entonces, toda resistencia es inservible; para arrepentirse y bajar es demasiado tarde.

Una vez a bordo, una persona —o personaje— ocupa su asiento dejándose llevar por la inercia del movimiento en el vagón donde le ha tocado vivir el amor —o desamor— con uno o más individuos que viajan a su alrededor. No obstante, es común que una persona que ocupa un lugar en otro carro se enamore de ella y haga lo posible por acercarse a su corazón, pero experimentará una dificultad: el tren, debido a su estructura y funcionamiento, sólo es capaz de ir hacia delante, lo cual hace prácticamente imposible que el objeto de su deseo le corresponda, puesto que no le es posible ir en contra del movimiento de la gran máquina.

Quizá logren encontrarse por momentos en alguna intersección y, tal vez, vivir momentos de alegría o erotismo juntos, pero, al final, cada uno deberá volver a su asiento, porque la velocidad y la potencia del tren los obligará a ello. Tal situación vuelve imposible su romance, al menos como lo desean, o por más tiempo del que el maquinista lleve el armatoste a una velocidad que les permita coexistir.

Una vez de regreso a sus vagones, ambos personajes sufrirán —uno más que el otro, por lo general— la melancolía del corazón roto.

Cabe imaginar que sólo es posible entablar una relación duradera —no por ello honesta ni pacífica, necesariamente— con alguien que viaje en el mismo coche, puesto que los demás, conectados por piezas de acero movibles, albergan circunstancias diversas, mismas que, cotidianamente, nada tienen que ver con las de los demás vagones. Su sintonía en abismalmente distinta.

Las personas pasan la vida soñando con otras que viajan en diferentes espacios del tren, pero su movimiento, ya que obedece al orden natural del universo, es inalterable, y ello los conduce a un estado de infelicidad del que es casi imposible escapar, al menos, en esa etapa de sus vidas.

Otro problema es pensar que, sólo por ir en el mismo vagón, dos personajes pueden vivir un idilio, ya que el amor es un misterio, y se aprovecha de las debilidades más profundas del ser humano, entre las que destacan el placer de la carne, la vanidad y el cuestionamiento mayor en asuntos del corazón: qué es lo que cada uno quiere y lo que no.

Tales son las características del tren que simboliza al amor y las circunstancias de sus pasajeros. Todos pueden amar a cuantas personas quepan en su mundo erótico o romántico, pero no todas pueden ser correspondidas —no como quisieran— dadas las condiciones del viaje.

Es así como se explica, a través de esta metáfora, la situación de los amantes del planeta Tierra, dicho

lo cual, procedamos a indagar en la vida de siete personajes que no por pertenecer a una ficción dejan de ser verdaderos, ni de fungir como espejos o reflectores de cualquiera que pase sus ojos por estas páginas. Recordemos siempre que a pesar de que la realidad supera muchas veces a la ficción, es esta última la que nos permite comprender nuestras existencias, de tal modo que, en ocasiones, nos es dada la ocasión de preguntarnos si no sería más bello —o más coherente— habitar la piel de los seres que cobran vida al leer sus nombres e historias.

Sin más que aclarar, tome cada quien su boleto y dispóngase a abordar.

Bienvenidos al tren de la infelicidad.

I
ÁBRETE, SÉSAMO

1
ALMENDRA

Almendra se levantó temprano, la despertó un peso nauseabundo en el pecho. Pararse de la cama era un logro cada mañana. No quería moverse, acercarse al mundo, pero la necesidad la obligaba: había que cubrir la renta, llenar el refrigerador —últimamente sólo tenía pasta y salsa de tomate en la alacena—, pagar la tarjeta.

Se metió casi a rastras al baño, se desnudó, abrió la llave y esperó a que se calentara el agua. La regadera era mejor despertador que el reloj sobre su buró.

Mientras aguardaba por la temperatura adecuada, la idea del final acariciaba su mente. Tenía todo para

apresurarlo: un horno donde meter la cabeza, medicamento suficiente para ingerir en exceso, navajas de afeitar y un puente perfecto para el salto definitivo.

Su mirada estaba desenfocada, hasta que una gota tibia aterrizó en su brazo, regresándola a aquella realidad. Sus pensamientos se dispersaron como humo de tabaco y entró al chorro de agua.

La cascada sobre su cabeza se extendía hasta los pies, haciéndole recordar que tenía un cuerpo, el cual era su vehículo en esa vida. Estaba consciente de que aquello era un conjunto de huesos, carne, órganos y demás minucias pero que, a fin de cuentas, era suyo, su conexión con el mundo de la materia. Le preocupaba el alma, quería entender su relación con todo lo existente, pero sabía que su mente humana era insuficiente ante tal misterio.

Cuando estuvo lista, se puso una chamarra y salió a la calle. Caminó hasta su trabajo, entró sin saludar y se colocó detrás de la máquina de café. A las 8.00 comenzaba a llegar la clientela: una horda de oficinistas deseosos de capuchinos, americanos y chai. Escuchaba los pedidos y preparaba mecánicamente bebidas cargadas de cafeína y azúcar, destinadas a darles a esa gente una motivación para ponerse el grillete y entregar su tiempo a la industria que les exprimía la vida.

Veía a muchachas corriendo, llegando tarde o en el límite de la tolerancia. Se detenían en la jardinera de piedra afuera del corporativo, se quitaban los tenis para ponerse unos tacones que llevaban en el bolso.

Ya completamente disfrazadas, entraban a cumplir su condena. Ocho o diez horas después, salían despeinadas, con el maquillaje disuelto por el sudor, agotadas.

«Pobrecitas —pensaba—, pero al menos ellas tienen sus prestaciones, su aguinaldo y, probablemente, algún jefe o supervisor que las galantea y ofrece crecimiento a cambio de lo que hay bajo sus faldas». Pero a Almendra todo eso le daba asco.

Aquel día cumplió con su jornada, bebió el mocha blanco al que tenía derecho diariamente y se fue caminando al parque cercano. Los pájaros cantaban, algunos niños corrían detrás de una pelota, un par de indigentes sostenían soliloquios sentados en bancas lejanas. Un día normal en la historia de la humanidad.

Se sentó en una bardita, lejos de las canchas y encendió un cigarro. Entonces, se abrió en su mente un canal bloqueado por el trabajo y apareció Frank. Lo vio caminando en el centro, rodeado de gente insignificante a su lado, con una mano en el bolsillo de la chamarra negra y, en la otra, un cigarro de los fuertes. Su paso era firme, su mirada, profunda. Lo recuerda tendido sobre la cama, desnudo, viril, despeinado, y esa imagen le rompe en un segundo el corazón.

Él dejó las cosas claras desde el principio: no quería una relación formal, y ella aceptó. Lo que no sabía era que los químicos de su cerebro se alterarían de esa manera al probar su boca, al acariciar su espalda, al tenerlo dentro.

Todavía retumbaba en sus oídos su voz al teléfono: «Mira creo que queremos cosas diferentes. Tú te estás enamorando y yo quiero recorrer el camino solo. No deseo lastimarte. Es mejor dejar esto aquí».

Cuando terminó la llamada, sus ojos se llenaron de agua y los sollozos inundaron la habitación. Se tiró en la cama, golpeó el colchón, mordió la almohada, se dijo mil veces que era una tonta.

Por aquel tiempo el trastorno estaba controlado, de modo que la tristeza no la movió a hacer una estupidez, pero las emociones bajas hacen estragos en un espíritu sensible, así que aquella despedida fue suficiente para derribarla por varios días.

Sentada en el parque rumiaba su historia con Frank: breve, intensa, desbocada.

Su propio cuerpo le parecía una flor delicada y estéril, pero que, al ser tocada por la mano adecuada, podía dar a luz a muchas florecitas tornasoladas. El problema era su alma, susceptible a la voz capaz de hacerla vibrar en sintonía con el flujo del universo. Frank tenía una voz melodiosa, potente, hábilmente modulada, como una bolita de papel disparada desde un bolígrafo hueco soplado por un niño, yendo a parar justamente en la fibra más íntima y secreta de ella, detonando su sentimiento de cariño, exaltando a su niña interna.

Dejó que un par de lágrimas bajaran por su mejilla mientras terminaba el cigarro. Luego, emprendió el camino a casa. Compró víveres con lo que había ganado de propina, fue directamente a la cocina y preparó

pasta con champiñones y pimiento rojo. Bebió té y se tiró en el sofá a escuchar a Norah Jones. Cuando se dio cuenta, ya había oscurecido. Comió otro poco de pasta, bebió el último té del día y fumó el cigarro de cada noche mirando por la ventana.

El aire estaba frío y la ciudad comenzaba a tender la cama. Era hora de dormir. Se puso el pijama, se lavó los dientes evitando mirarse al espejo; no quería ver sus ojos hinchados por el llanto.

Por fin, se metió bajo las cobijas y apagó la lámpara del buró. Un pedacito de luna se filtraba por las cortinas. «Un día menos», pensó. Cerró los ojos y se internó en el mundo de los sueños, en la otra realidad.

2
FRANK

«El asunto no es entrar en una mujer, sino hacerlo el número de veces suficientes para que el coito se convierta en algo espiritual. Hacer el amor es sublime y supone aspiraciones más altas que revolcarse piel contra piel con otro ser humano.

Está muy bien entenderse con una desconocida en un bar y llevarla a un hotel, pero, si el acto tendrá lugar sólo esa noche, todo quedará en un despliegue de placer compartido. No habrá tiempo de conocer al contrario en los límites de su percepción del mundo, de tocar lo más íntimo de su existencia, lo cual sólo es posible durante el orgasmo de una cuarta o quinta cita, cuando ya hubo tiempo para intercambiar desacuerdos y ternuras, cuando el sexo se ha vuelto un camino húmedo y suave para llegar al verdadero objetivo: sentir por un instante que, verdaderamente, uno no está solo en el universo».

Inmerso en estas cavilaciones, Frank exhalaba humo de tabaco y sentía en la palma el calor de su taza. El aromático café le permitía reflexionar sin reservas.

Después de un expreso, un americano mocha y tres cigarros, echó una última mirada a la calle Regina, llena a esa hora de bohemios y vagos, en medio del romanticismo nocturno del Centro Histórico. Pagó la cuenta y se echó a caminar por Bolívar, para encontrarse con Alejandra, su cita de aquella noche.

Llegó a la esquina con Madero y observó al gentío: miles de historias atravesándose, confundiéndose en la vorágine melancólica y, al mismo tiempo, festiva de la ciudad. «¿Cuántas de estas personas terminarán llenas de caricias y cuántas acabarán solas esta noche?», se preguntó. Encendió un cigarro y pensó en su problema con el tabaquismo. En el fondo, le daba igual; sabía que algo tendría que matarlo en algún momento y que, probablemente, no sería el humo que poco a poco le carcomía los pulmones, pero, por momentos, pensaba que era un idiota al matarse lentamente de aquella manera, aunque, al final, sabía que el verdadero acto suicida era pasearse por las camas de varias mujeres sin darle certeza a ninguna.

Miró su reloj: eran las 20.10. Alejandra dijo que llegaría a las 20.15 y él sabía que la puntualidad era su fuerte. Mientras exhalaba una larga bocanada, recordó la primera vez que la tuvo desnuda entre sus brazos. Su cuerpo era blanco, delgado, curveado, con senos medianos, como hechos a la medida de sus manos. Su

cadera era ligeramente ancha, en buena conjugación con sus piernas largas y fuertes, que lo apretaban por la cintura mientras entraba y salía de ella, como queriéndolo amarrar para toda la vida. Eso fue lo que pensó: «Esta mujer quiere mantenerme a su lado a toda costa», y lo comprobó cuando, exhausta por el orgasmo, le dijo al oído: «Te quiero».

Para Frank un «te quiero» —incluso un «te amo»— significaba muy poco si no había algo que él considerara de índole espiritual en la relación, y aquello, acorde a su creencia, sólo podía revelarse a través del clímax sexual, siempre y cuando fuera en el cuarto o quinto encuentro. No era porque considerara al sexo el vehículo del espíritu, sino porque estaba seguro de que la intimidad era el único punto en el que dos personas podían mostrarse tal cual eran. El lenguaje de los cuerpos desnudos, los fluidos, las temperaturas cambiantes y el coito le parecían un idioma que muchos podían hablar, pero que pocos eran capaces de comprender. El sexo no era para él un juego, era un ritual sagrado que podía ejecutar con muchas mujeres, pero que sólo con una minoría podía llevarlo al templo del espíritu.

Le gustaba analizar a cada una. En sus maneras o estilos descubría los ínfimos detalles que hacían única e irrepetible a cada amante. El modo de desnudarse, de acariciarlo, de besar durante el acto, de abrir las piernas. Los gemidos le resultaban un indicador de sinceridad o engaño, ternura o fortaleza. El orgasmo era para él la clave principal: en la manera de estallar, la humedad,